

# RELIGIONES PRECOLOMBINAS

Por Carlos Urquizo Sossa

El tema no ha motivado la atención de especialistas por una parte y por otra, el escasísimo material arqueológico existente, no permite conocer las primeras etapas de desarrollo de las religiones precolombinas, criterio perfectamente aplicable al desarrollo de las religiones del mundo, razón por la cual se recurre al expediente de denominar a tales épocas como a períodos Prereligiosos, e incluso, se afirma que a nuestros antepasados les era imposible crear conceptos religiosos abstractos; sin embargo, debe hacerse notar que las sepulturas desde el hombre de Neandertal hasta las tumbas funerarias tiwanakotas, demuestran fehacientemente la existencia de una creencia primitiva del alma, aunque, algunos estudiosos indican que tales enterramientos se debían más bien a la creencia de propiedades sobrenaturales del cadáver, lo cual daba origen a temores supersticiosos hacia el cuerpo sin vida.

Asimismo, a partir de la aparición del "homo sapiens" en el Paleolítico Superior, se hace más evidente el conocimiento de la religión y de los ritos religiosos, por la existencia de numerosos y con-

vincentes monumentos: Así las innumerables cuevas descubiertas en el viejo mundo y, en cuanto a nuestro país respecta, las cuevas funerarias de Mojocoya en Chuquisaca, las cuevas rupestres de Cala Cala en Oruro, etc. En cuanto a las pinturas rupestres, parece no ser correcto suponer que el artista primitivo dibujara monstruos fantásticos porque no sabía reproducir fielmente la naturaleza, ya que las magníficas pinturas realistas de animales (llamas) atestiguan lo contrario. Por consiguiente al renunciar al naturalismo lo hacían deliberadamente. Por otra parte, parece incorrecto interpretar como mascaradas de caza, tales dibujos, sino que más bien se trataría de ejecutantes de determinados ritos, probablemente representaciones antropozoomórficas de antepasados totémicos —imágenes análogas a las de la mitología australiana— o de divinidades como en el caso de la llama blanca.

Por lo demás, es bastante conocido el acontecimiento mediante el cual, las tribus primitivas otorgaban características superiores sino divinas, a los hombres diferenciados del común denomi-

nador, así se observa en casi todo el Continente Negro, donde aún se consideran brujos a los epilépticos, ocurriendo casi lo mismo en Australia, Oceanía y Alaska, fenómeno del que no pudo sustraerse América, ya que tales virtudes fueron también otorgadas a los gibosos durante la cultura tiwanakota y la inkásica. Así lo confirma el cronista Cabello Valboa en un pasaje de la "Miscelánea Antártica" —terminada de redactar el 9 de julio de 1586— al insertar los detalles luctuosos de una conspiración palaciega encabezada por Wallpaya, sujeto "kumu" que pretendió desplazar en favor de su hijo y por la fuerza a Wayna Kapac, aprovechando para ello de su alta investidura de protector y tutor del pequeño infante. De la misma manera, las tradiciones Colla-aymáricas lo presentan como a verdaderos santos protectores de los ladrones y a quienes debería prendérseles velas los días viernes, y que como una supervivencia popular han llegado a la actualidad con el denominativo de ekeko de Alacitas. No cabe duda por otra parte, que el investigador avisado está en posibilidades de confirmar aquello de que solamente son motivo de trabajos escultóricos, aquellos personajes dignos de ser representados en los templos y por supuesto, objeto de culto.

Para confirmar este aserto, me atengo concretamente, a las recientes investigaciones del arqueólogo Carlos Ponce Sanginés, quien en su obra "Tunupa y Ekako" nos hace conocer la existencia de un grupo de estatuas grabadas por método de incisión, vale decir, el de las estatuas sedentes de gibo-

so o de torso adunco, cuyo principal exponente sería la estatuita de Tschudi, así como un conjunto de seis piezas existentes en el Museo Nacional de Arqueología de La Paz, procedentes de la Isla del Sol, trabajados especialmente en material lítico de arenisca cuarzosa y de color gris oscuro, con rasgos peculiares de los aquejados por tuberculosis vertebral.

Lo indicado con precedencia, permite referirse a las religiones de la población aborígen de América, las que ofrecen excepcional interés, porque se forman sin vínculos visibles con otras religiones tal como sucede con los pueblos de Australia y Oceanía, por una parte y por otra, porque en concordancia con las variadas condiciones geográficas del medio, su desarrollo alcanzó niveles desiguales. Este aserto se confirma con la llegada de los españoles que encontraron tribus atrásadas y periféricas de cazadores, pescadores y recolectores. La mayor parte de esas tribus primitivas que aún viven en regiones inaccesibles, han sido muy poco estudiadas, casi desconocidas por la ciencia (guarayos, sirionós, movimas, lecos y naciones selvícolas del Noroeste, etc.), existiendo para otros países datos relativos con respecto a pobladores de Tierra del Fuego (onas, yaghaires y alacalufes) y los bororó. Estos pueblos tenían como base religiosa, el shamanismo, los rituales consagradorios, las creencias animistas, los cultos propiciatorios, el animatismo, la mitología, el culto funerario, el culto agrario, las danzas rituales y sus tabús, y los héroes culturales, además de otras

no estudiadas como tenemos dicho.

Desde el punto de vista cronológico y con respecto a nuestro país, se tiene pobladores cuya antigüedad ha sido determinada especulativamente en 30 mil años, y estaría conformada principalmente por los Vizcachanenses y Ayampitenses, para luego dar paso a las culturas Huancarani, Mojocoya, Yampará, Chaquí, Yura, Yuruquilla, Sauces, Tupuraya, Arawak, de Chiquitos, etc., culminando con las civilizaciones de Chiripa, Tiwanaku, Colla e Inka, cuyas diferentes composiciones tribales a la vez que distintos niveles culturales, obligaron a la asimilación de arcaicas formas de culto, el que necesariamente se encontraba íntimamente relacionado con antiguas divisiones fratricidas, esquemas mitológicos, leyendas populares y evidentes resabios de totemismo, y finalmente, con estadios de cultura superior conformando verdaderas estructuras estatales de sociedades clasistas.

De Chiripa, lamentablemente no se puede adelantar otra cosa, que su cultura precedió a la de Tiwanaku y que construyeron kalasasayas y templetos de carácter religioso, lo que demostraría un nivel de culto organizado en favor del dios Kon Ticci.

En cambio de Tiwanaku no es aventurado indicar que su culto religiosa era de carácter estatal y que constituyó una eficaz tentativa de centralización de diferentes cultos. Para una mejor comprensión de tal acerto, otorgamos un ligero examen interpretativo de lo expuesto en muchas oportunidades y obras por el más prolífico

y acucioso investigador sobre la cultura tiwanakota, Carlos Ponce Sanginés. Debe entonces considerarse que en la etapa formativa, Tiwanaku tuvo conformación aldeana con habitaciones cuadrangulares, vale decir, similar a cualquier aldea actual, empero, sin los aditamentos propios de la cultura occidental. Teóricamente, esta etapa formativa obedecería a la hipótesis bastante aceptable de que los primeros habitantes del Altiplano, hayan ascendido de las regiones selváticas empujados por razones de guerras, trayendo consigo las arcaicas características de culto anotadas y adaptándose al medio paulatinamente, hasta conformar grupos de agricultores que superaron la pobreza altiplánica y por ende, lograron la supervivencia de grupo a través del conocimiento de la deshidratación de los principales productos agrícolas y su consecuente almacenamiento, además de la domesticación y cría de auquénidos.

Consolidada la etapa formativa o aldeana, la misma que alcanza una población estimativa de 40 mil a 100 mil habitantes, y como consecuencia y efecto del alto nivel organizativo a que llegaron, surge en forma paulatina una serie de estamentos sociales que van delineando las expresiones físicas y religiosas del pueblo, a través de la racionalización del trabajo. Es menester aclarar, que está demostrado positivamente que se desconocía el esclavismo, razón por la cual debemos aceptar que para la realización de las diversas pirámides artificiales y el traslado de enormes moles de piedra —que fácilmente alcanzan en algunos casos al equivalente de 200 tone-

ladas de peso— se habrá empleado la persuasión, hasta lograr una verdadera mística religiosa en la capa inferior o agrícola, ya que debe comprenderse que el traslado de tierra se lo hacía en forma individual con pequeños recipientes de cuero de auquénidos, en los que cabía solamente pequeñas porciones de tierra, en tanto que para el traslado de bloques pétreos se utilizaba una especie de trineo y participación colectiva de cientos de obreros.

En cuanto a la existencia de estamentos sociales o estadios culturales claramente definidos, como la nobleza de carácter religioso, la clase artesanal y la de agricultores, debemos dejar establecido que no existió movilidad social vertical, aunque podría haberse dado la de tipo horizontal, esto es, que se nacía para formar parte del estamento de sus mayores, aspecto diferenciador con respecto a las culturas y civilizaciones del viejo mundo, excepción hecha de la India y China. En ese sentido nos permitimos adelantar que con respecto a nuestro país, lo que cambiaron fueron las clases dirigentes, incluida parcialmente la artesanal y no así la clase agricultora que permaneció inamovible en su configuración socio-económica-cultural, de donde se deduce que los actuales aymaraes que pueblan el Altiplano son en su gran mayoría descendientes de los pobladores de Tiwanaku. El enunciado precedente puede ser demostrado a través de la investigación gnoseológica de la historia, que permite descartar precedentes afirmaciones que carecen de valor científico, tales como la teoría cataclística en relación con

la paralización de las monumentales obras de la megalítica urbe, situándolo más bien como resultado de un paralelismo histórico con respecto a los acontecimientos sociales del sistema colonialista español y la toma de posiciones francamente clasistas de las etapas prerevolucionarias, independecistas y republicanas, que no cambian absolutamente en nada la situación estamental y social del agricultor aymara, esto es, que la cultura tiwanakota se detiene en la medida en que las clases superiores se destruyen entre sí.

Por otra parte, la cosmovisión de su mundo configura una serie de planos, así creen que la tierra es plana encontrándose al medio de otros niveles igualmente planos, uno superior y otro inferior, en tanto que el nombre de "Taipy Kala" sugiere claramente que Tiwanaku es el centro del mundo, la piedra del centro, vale decir, el ombligo del mundo; esta interpretación cosmogónica se encuentra íntimamente ligada con creencias míticas religiosas, es por ello que con respecto a los cuatro puntos cardinales, Tiwanaku estaba dividido en cuatro partes, con porciones que corresponden al Norte y Sur respectivamente, empero, cabe anotar que esa división no estaba dada para la determinación de supremacías sino que parece obedecer a razones de carácter sexual.

Sobre el particular se debe acotar que la observación resultante de excavaciones estratigráficas, la existencia de restos de alfarería, metalurgia, monumentos líticos y templos sagrados, demuestran al estudioso una clara

ferenciación que pasó desapercibida hasta el momento actual — excepción del tantas veces citada arqueólogo Ponce—. Concretando la afirmación precedente, se puede apreciar que mientras en los edificios de Kalasasaya, Akapana y Templete Semisubterráneo, las estelas esculpidas presentan en su generalidad hombres enmascarados, la estela no hace mucho descubierta, parece representar un culto exclusivo a la serpiente, en tanto que en Puma Punku, las representaciones se detienen en forma por demás sugestiva a mostrar diversas formas de hombres identificados como los "chacha pumas", que bien pueden ser sacerdotes expresamente dedicados al culto del sexo femenino.

En relación a Kon Ticci, este personaje central de la religión tiwanakota, se halla representado en diferentes formas, de las cuales la más importante constituiría la estela que en la actualidad se encuentra en su sitio original, al centro del restaurado Templete Semisubterráneo, aunque existe evidencia que en la época III, fue reemplazado por la estela Bennett. La particularidad de esta mal denominada "estela barbada", tiene precisamente la de llevar narigüera, lo que dio motivo a que se le otorgara tal calificativo, a la vez que se le confundiera con un Dios blanco venido allende los mares, y que luego de cumplida su labor se marchara por la misma ruta hacia el Este. En la época IV, Kon Ticci adquirió mayor trascendencia y preponderancia dentro del culto tiwanakota, por lo que esculpido en la parte central del maravilloso friso de la Puerta del Sol y posiblemente lo esté también,

en el más bello ejemplar existente en Kalasasaya o sea la estela Ponce.

Las leyendas describen a este dios tiwanakota como a un antiguo jefe, de donde se deduce su origen de héroe cultural, asimismo, algunos cronistas lo relacionan con el astro solar, lo que determinaría su origen mitológico, pues es representado con rayos en torno al rostro cubierto de una máscara. En suma, el culto religioso de Tiwanaku, se hallaba en manos de sacerdotes que conformaban corporaciones jerarquizadas, aspecto éste que justifica plenamente la presencia del augusto fundador del Imperio, Huyustus, así como del semidivino maestro Thunupa.

Los inkas por su parte, consideraban al legendario Manco Kapac —fundador de su dinastía— como a un ser semidivino, hijo del sol, jefe de Estado que a la vez era el sumo sacerdote. Estos antecedentes conjuntamente con el origen de Manco Kapac —se dice que salió de la Isla del Sol— demuestran, independientemente del idioma aymara que era de uso exclusivo para las altas clases sociales, lengua de élites para los inkas y de uso general para el pueblo en la etapa Imperial Andina, que no solamente tomaron de Tiwanaku parte de su avanzada cultura, sino que también sus creencias religiosas, especialmente en cuanto se refiere al culto del sol, de la pareja conyugal Pachacamac y Pachamama, las encarnaciones de la tierra fértil, los dioses de la tempestad, de la lluvia, del rayo, etc., y en forma principal se trató de imitar la centralización

del culto monoteísta en torno a Wiracocha.

Finalmente, resulta interesante especular sobre la posible progresión que sufre el dios Kon Ticci de los Chiripas, que se convierte en el Kon Ticci Wiracocha de los Tiwanakus, y finalmente en Wiracocha —a secas— de los Incas. Así como en el sugestivo destello de librepensamiento en las postrimerías del imperio Inka, como actitud crítica con respecto a la veneración de los dioses: Sabido es que uno de los últimos Inkas desconfiaba del carácter divino del Sol, por lo que habría expresado: Si el Sol fuera la divinidad suprema, ¿quién podría obligarlo a recorrer todos los días el mismo camino? Si lo hace es porque obedece a alguien.

